

*Governmental Problem-Solving: A computer simulation of municipal budgeting*, J. P. CRECINE. American Politics Research Series. Rand McNally & Company, Chicago, 1969.

El señor Crecine, de la Universidad de Michigan, ha analizado los procesos de formación del presupuesto municipal de Cleveland (1956 a 1965), Detroit (1958 a 1965) y Pittsburg (1960 a 1965). Con los datos sobre las diversas rondas presupuestarias ha podido estimar parámetros de comportamiento y su grado de significación, a partir de un modelo en tres fases: demandas de los departamentos, criterios de eliminación del alcalde y decisiones finales del consejo. Las demandas de un departamento, por ejemplo, que intentan «ser razonables», serán una función lineal de lo presupuestado en años anteriores, de los incrementos de años anteriores, de los cambios efectuados por el alcalde a las demandas presentadas en otros años, del volumen de gasto autorizado, etc. ... Se realiza para cada municipio un análisis de corte transversal de los distintos departamentos y partidas.

Las conclusiones del ejercicio son significativas: la única conexión importante entre el subsistema presupuestario y el ambiente urbano es el volumen general del presupuesto y la exigencia de que sea equilibrado; de ahí que el sistema de decisión sólo responda a oportunidades especiales de ingresos o presiones políticas cumulativas, a largo plazo, de modo que las exigencias directas de los ciudadanos sólo afectan a la pauta de gasto en el interior de determinadas partidas y departamentos. La presión de la comunidad de

los negocios se refiere más al mantenimiento de la constancia de la presión fiscal que a la distribución del gasto. Hay un gran aspecto de inercia organizativa, de modo que los presupuestos de años anteriores se consideran, a falta de indicadores mejores, como «un equilibrio» al que sólo hay que practicar ajustes marginales.

Las conclusiones normativas son más interesantes aún, pues se refieren a las posibilidades de introducción en ese proceso de criterios de eficiencia. No debe pensarse en el Plan-Programa-Presupuesto como una alteración del proceso rutinario mismo, con cálculos coste-beneficio en cada operación presupuestaria, sino que la consideración por los Departamentos de programas en vez de partidas (nuevo formato y exigencias sobre las solicitudes presupuestarias) habrán de permitir la traducción en las diversas funciones de indicadores sociales, además de la historia presupuestaria misma.<sup>1</sup> La acumulación temporal, en ese proceso rutinario, de las mediciones de inputs y outputs, haría que fuera apareciendo el sentido de los diversos criterios de eficiencia. Lo importante es el cambio de dirección de la atención: pasando de las partidas y departamentos a indicadores de eficiencia tales como pesetas por metro cuadrado de pavimento, por ejemplo. El efecto que esto pueda tener sobre el nivel aceptado de presión fiscal y gasto público es difícil de determinar.

1. Sobre la muerte y futura resurrección del PPB puede verse, A. SCHICK, "A Death in the Bureaucracy: The demise of Federal PPB", *Public Administration Review*, marzo-abril, 1973.

En resumen, una interesante descripción cuantificada de los vicios de comportamiento no maximizador de organizaciones cuya creatividad está políticamente limitada.

JOSÉ A. GARCÍA DURÁN

*Métodos Fundamentales de Economía Matemática*, A. CHIANG. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1971, 801 pp.

Libro escrito para un público de escasos conocimientos matemáticos que desee penetrar en los elementos básicos de la Economía Matemática.

Para cumplir este objetivo, la obra abarca una amplia gama de temas en los que se sacrifica la pureza y el rigor matemático en pro de la claridad y sencillez y, al mismo tiempo, se resalta el aspecto económico a través de una serie de modelos que constituyen el eje central del libro. Este aspecto económico sirve, al mismo tiempo, como marco de referencia, para ordenar y clasificar los temas tratados. En efecto, cada una de las seis partes de que consta esta obra están destinadas a satisfacer los instrumentos matemáticos necesarios de un determinado enfoque económico.

En la primera parte, y a modo de introducción, se analizan las características de la Economía Matemática y se nos dice que ésta no es rama separada de la Economía, sino un enfoque del análisis económico que hace uso de los principios matemáticos para resolver los problemas tanto de carácter microeconómico como macroeconómico.

Se ponderan las ventajas y los inconvenientes de este enfoque y se considera que no puede tenerse en cuenta la crítica frecuente de que la teoría expuesta en términos matemáticos es poco realista, ya que cualquier teoría es una abstracción del mundo real, independientemente de su enfoque. Así se nos dice que «La teoría de la empresa en competencia pura, no es realista, como tampoco lo es la teoría de la empresa en competencia imperfecta, pero carece totalmente de importancia que estas teorías hayan sido deducidas o no matemáticamente».

El enfoque matemático aparece, pues, como el medio de mayor rigor y rapidez para deducir unas conclusiones a través de unos principios o postulados.

Se considera también a la Economía Matemática como disciplina independiente de la Econometría y se analizan los aspectos complementarios de ambas y después de hacer un análisis de los elementos constitutivos de un modelo matemático, se pasa a considerar las nociones básicas de la Teoría de Conjuntos, requisito obligatorio en cualquier tratado de matemática moderna.

La idea de par ordenado conduce a la de relación binaria, apareciendo entonces el concepto de función como un tipo particular de relación. Evidentemente, éste es el camino que se sigue en el análisis moderno.

Después de un análisis de algunos tipos de funciones elementales tales como funciones polinómicas, racionales, etc., se entra en la segunda parte titulada «Análisis Estático o de Equilibrio».

Se comienza precisando el concepto de equilibrio siguiendo al profesor Machlup. «Equilibrio es una constelación de variables interrelacionadas, selectas, ajustadas de tal modo entre sí, que ninguna tendencia inherente al cambio prevalezca en el modelo que constituyen.»

Después de matizar cada uno de estos términos, se considera como esencia de equilibrio, una situación caracterizada por una falta de tendencia al cambio y se distingue entre un equilibrio como objetivo (Teoría de la Optimización) y equilibrio como resultado de un ajuste de fuerzas económicas, que no provienen ya de ninguna política consciente.

Dado que el problema central del equilibrio estático consiste en encontrar un conjunto de valores de las variables endógenas que satisfagan la condición de equilibrio del modelo, el autor nos pone una serie de ejemplos de modelos de mercados simples y aislados, encontrando las soluciones de equilibrio por el método de eliminación de variables. Esto le permitirá poner en evidencia la ventaja de los métodos matriciales en los modelos lineales generales, penetrando entonces en el estudio del álgebra matricial,

como una necesidad lógica para el tratamiento sistemático de tales modelos, siendo pues los sistemas lineales los que le conducen al álgebra de matrices. Punto de vista que le permite mantenerse dentro de la línea elemental y práctica que caracteriza la obra.

El aspecto operacional se resalta en el álgebra de matrices, y se encuentran formas ingeniosas con el fin de que el lector recuerde las propiedades generales y condiciones necesarias, para que las operaciones, en el conjunto de matrices, tengan sentido.

El concepto de espacio vectorial es simplemente mencionado, así como la dependencia e independencia lineal de vectores, con las cuales formula el concepto de rango de una matriz. Se estudian los conceptos generales de la teoría de determinantes, que le permitirán establecer el camino para hallar la inversa de una matriz, así como las condiciones de consistencia de un sistema lineal.

Finalmente, hace un estudio del modelo factor-producto de Leontief, en su versión estática y considera las limitaciones de este análisis, entrando en la tercera parte con el estudio de la «Estática Comparativa».

Se comienza precisando la naturaleza de este método y se resalta como esencia del mismo, el problema de hallar «la tasa de cambio del valor de equilibrio de una variable endógena, con respecto al cambio en un parámetro particular o variable exógena». Aparece, pues, el cálculo diferencial como el instrumento matemático adecuado para este enfoque. Los rudimentos más generales de cálculo diferencial en funciones de una y varias variables, aparecen aquí de forma que el lector pueda apreciar el uso de los mismos en diversos modelos económicos.

En la cuarta parte se plantea el importante problema de la Optimización. En realidad, una variedad del Análisis del Equilibrio, ya que cuando éste se plantea como un objetivo, se le define como una situación óptima a alcanzar, naciendo entonces el problema de encontrar los valores extremos de la función objetivo. Ahora bien, en esta cuarta parte se tratan sólo los problemas de optimización clá-

sicos, en el sentido de que utilizan las técnicas de cálculo diferencial.

Con el fin de poder formular, de una manera general, las condiciones necesarias y suficientes de extremos en funciones de una sola variable, se estudia la serie de Taylor, que le resuelve el problema.

Después de hacer un estudio detallado de la función logarítmica y exponencial y plantear determinados problemas de optimización en el tiempo, se aborda el análisis de extremos en funciones de varias variables.

Comienza considerando la imposibilidad de generalizar las condiciones suficientes de extremos, obtenidas para funciones de una sola variable, a las funciones de varias. Para hacer posible este problema, hace un análisis, aunque simple y elemental, de las formas cuadráticas, así como la caracterización de ellas en definidas positivas o negativas, estableciendo las condiciones de segundo orden para extremos en funciones de varias variables.

Los resultados obtenidos se aplican a diversos modelos económicos y pasa a considerar el problema de la optimización restringida, analizando aquí el método de multiplicadores de Lagrange y estableciendo las condiciones de segundo orden a partir de las formas cuadráticas restringidas. Temas de la teoría de la empresa y de la conducta del consumidor, le permitirán poner de manifiesto los resultados obtenidos.

Como desde el punto de vista matemático, el complemento inmediato del cálculo diferencial, es el integral y, dado que el análisis dinámico exige a éste como instrumento, el autor, prefiere interrumpir la Teoría de la Optimización, entrando en la quinta parte con el «Análisis de la Dinámica» y dejando para la sexta y última parte de la obra temas modernos de optimización (Programación Lineal y Teoría de Juegos), que utilizan un instrumental matemático más específico.

Se abre, pues, la quinta parte haciendo alusión a los diferentes significados del término «dinámica» y se considera como rasgo saliente del análisis dinámico la ubicación de las variables en el tiempo, de manera que se introduce una consideración temporal y dado que el tiempo se

puede tratar como variable continua o discreta, resulta que los modelos dinámicos se plantean en ecuaciones diferenciales o en diferencias finitas respectivamente.

La esencia del problema dinámico consiste en la determinación de la trayectoria temporal de una o varias variables, conociendo la pauta de cambio de éstas. Ahora bien, si ésta viene dada por una tasa instantánea, se nos plantea el problema típico de cálculo integral, hallar una función conociendo su derivada, pero como las primitivas de una función se diferencian en una constante, se hace necesario dar información suficiente o condiciones iniciales en el modelo, para poder determinar la constante arbitraria, haciéndose entonces evidente la estrecha relación entre la dinámica y la integración.

Introduce el concepto de integral indefinida como operación inversa a la diferenciación. Se consideran algunas reglas fundamentales de la integración inmediata y se plantea el problema de la integral definida entroncándolo con el del área y después de dar algunos conceptos sobre la integración impropia, considera las aplicaciones de las integrales a la economía, a través de una serie de ejemplos, tales como determinación de funciones totales a partir de funciones marginales, valor actual de un flujo de dinero y, sobre todo, el modelo de crecimiento de Domar en su versión más simple, propensión marginal al ahorro y producto/capital constantes.

Comienza el estudio de las ecuaciones diferenciales, considerando en primer lugar ecuaciones diferenciales lineales de primer orden, con coeficientes y términos constantes. Plantea los casos homogéneos y no homogéneos, que le permiten distinguir entre la función complementaria (solución del modelo homogéneo) y una integral particular del modelo no homogéneo. La suma de las dos, le da, como es evidente, la solución general y al mismo tiempo le permiten formular unas condiciones simples de estabilidad dinámica de equilibrio, ya que la función complementaria representa la desviación del equilibrio, siendo necesario que tienda

a cero cuando el tiempo crece, para que exista estabilidad.

Estudia el modelo general de ecuación lineal de primer orden, encontrando la integral general correspondiente. Esto le permitirá tratar el modelo de Domar en su versión más amplia de parámetros no constantes, así como el modelo de crecimiento de Solow.

El estudio de las ecuaciones diferenciales lineales de orden superior, con coeficientes y términos constantes, se comienza con el modelo simple de segundo orden, que da lugar a una ecuación característica de segundo grado y con el fin de tratar todos los casos posibles, introduce aquí los números complejos y las funciones circulares. De esta forma, plantea la estabilidad dinámica en términos de las raíces características.

Preocupado por la generalización, considera la convergencia del equilibrio en términos del teorema de Routh, aunque sin demostrarlo.

El planteamiento del tiempo como variable discreta, le lleva al estudio del análisis de períodos, y por consiguiente, a las ecuaciones en diferencias. La esencia del problema dinámico es la misma determinación de la trayectoria temporal de una variable. Ahora bien, la descripción del comportamiento de ésta o su cambio, se expresa ahora en términos de cocientes de diferencias y no en términos de cocientes diferenciales.

Dada la analogía formal que existe entre los modelos en diferencias y diferenciales, el autor sigue aquí la misma pauta anterior, mostrando algunas diferencias específicas entre los dos modelos y replanteando las condiciones de estabilidad dinámica cuando los modelos se expresan por ecuaciones en diferencias. Los resultados obtenidos se plasman en una serie de modelos de carácter económico (modelo de la telaraña, modelo de Samuelson de la interacción entre el multiplicador y el acelerador), finalmente, hace un estudio de los sistemas de ecuaciones en diferencias y como hace observar que una ecuación en diferencias de orden superior se traduce en un sistema de ecuaciones en diferencias de primer orden, considerará solamente a éstos. Como es natural, en



los sistemas hace uso de las técnicas matriciales y cerrará la quinta parte con un estudio de los modelos dinámicos de factor-producto, así como de las limitaciones del análisis dinámico.

En la sexta y última parte de la obra, considera de nuevo el importante problema de la optimización, ahora bajo los aspectos de «Programación Lineal y Teoría de los Juegos».

Después de considerar una serie de ejemplos típicos de programación lineal, establece la expresión general de los problemas lineales, analizando el método de Simplex, así como los problemas duales y su interpretación económica. En forma sencilla considera los rudimentos básicos de la Teoría de Juegos, de forma que plantea la relación entre ésta y la programación lineal.

Siendo los Conjuntos Convexos la base matemática de ambas teorías, el autor no vacila en introducir los conceptos generales de aquéllos, que tanta significación tienen en la Economía matemática moderna.

Finalmente, en un apéndice se dan las soluciones de los ejercicios expuestos en la obra, así como algunas referencias bibliográficas de interés.

En resumen, la obra del profesor A. Chiang es un libro excelente, que resuelve magistralmente el nivel y los objetivos propuestos. Si se nos pudiese compararla con la obra ampliamente divulgada del profesor Taro Yamane «Matemáticas para Economistas», que también se desarrolla a un nivel elemental, tendríamos que concluir que la comparación se hace difícil, puesto que los objetivos planteados son diferentes.

En la obra del profesor Taro Yamane hay mayor preocupación por el rigor matemático que por las aplicaciones prácticas y, aunque dado el carácter de la obra muchos de los teoremas matemáticos no se demuestran con rigor sino que están remitidos a una seleccionada bibliografía que aparece como una nota a destacar en este libro, no cabe duda que los temas son planteados con una mayor sistematización matemática. En efecto, la teoría de matrices se entronca con las transformaciones lineales. Se hace un mayor uso

de la teoría de los espacios vectoriales y se prepara el camino y analiza la teoría de valores y vectores propios y diagonalización de matrices, tema de tanta significación en la economía matemática actual. Como es natural, estos temas caen fuera del ámbito de la obra del profesor A. Chiang.

Creemos que un estudio profundo de esta obra, complementada con estos aspectos de la del profesor Taro Yamane, darían al lector abundante material para penetrar con pie firme en la rica y variada temática de la Economía Matemática Moderna a nivel intermedio.

F. PÉREZ PAREJA

*Theories of value and distribution since A. Smith, M. DOBB. Cambridge U. Press, 1973.*

El profesor Dobb ha sido uno de los pocos académicos anglosajones que ha mantenido contra viento y marea su posición marxista. La mayor parte de su obra se ha mantenido en esta línea y ha ayudado a la comprensión y actualidad de la metodología y conclusiones de Marx.

Entre los marxistas, ha sido tradicional al hablar de historia del pensamiento económico (o de crítica de la teoría económica, en la tradición de Marx), desvelar los lazos que existían entre las doctrinas y la posición ideológica de clase de sus autores (por ejemplo, Bujarin en su crítica de Böhm Bawerk). Ello ha llevado a una mejor comprensión del nivel ideológico de la sociedad histórica o actual. Sin embargo, y a partir de ciertos trabajos del mismo Dobb en los últimos años, parece que su colaboración con P. Sraffa en la edición de las obras de Ricardo empieza a surtir efecto. Tanto en la presentación, como en la serie de agradecimientos, Dobb afirma explícitamente que quiere escribir una historia de las teorías del valor (y en la tradición clásica, el origen del valor es la causa de la distribución), a la luz de la obra de Sraffa, y particularmente del libro *Producción de mercancías por medio de mercancías*, «magnífica rehabilitación de la economía clásica y, hasta cierto punto,

marxista» (p. 249, cita Meek en *Ideología y economía*).

La base del libro está en su primer capítulo, «Sobre la ideología», en el que se pretende elaborar las bases metodológicas con que posteriormente se analizarán las obras de los economistas, clásicos, neoclásicos y actuales. Según la teoría schumpeteriana, el desarrollo de una parte del pensamiento económico (lo que él llama «análisis económico»), estaría libre de influencia ideológica. Para Dobb, sin embargo, ni siquiera los modelos matemáticos se libran de la influencia ideológica: en primer lugar, ésta estará presente en la elección de los problemas a plantear, los cuales darán la base de elección de un determinado modelo (y, por tanto, lo que decidirá su elección serán sus características económicas); la visión schumpeteriana participará, pues, incluso en las cuestiones más pretendidamente asepticas. Y por otro lado, todo modelo matemático (siendo las matemáticas el medio de introducir una cierta «formalidad» en la economía) juega con una serie de ecuaciones, y la elección de qué variables serán dependientes o independientes implica también una «visión» previa (p. 13). Además, aunque se pretenda que la obtención de los resultados es simultánea, el modelo supone ya una línea de causalidad.

La creciente formalización matemática ha quitado relevancia a la teoría, y para devolverle su vitalidad, Dobb afirma que debe introducirse de nuevo una «visión» consciente, además de los principios normativos de política económica que ya fueron la base de todo avance científico en economía en la época «clásica». En la visión previa entrarán (y han entrado) las condiciones históricas y de clase que forman las circunstancias del economista, y que forman la base de los problemas que la teoría intenta explicar.

Desde este punto de vista, la teoría económica desde el siglo pasado ha tenido dos ramas diametralmente opuestas: la clásica-marxista y la neoclásica. La primera «partía de las condiciones socio-económicas que moldeaban las relaciones de clase en la sociedad» (p. 3). La neoclásica parte de las actitudes individuales,

ahistóricas y sin ideología, y se encuentra en un razonamiento circular al postular una teoría de la distribución, consecuencia de la teoría de los precios, cuando ésta depende a su vez de una distribución dada.

Esta nueva aportación, o sea la posibilidad de crítica de la coherencia interna de unos modelos matemáticos, tiene reminiscencias de los nuevos desarrollos de la crítica literaria nacida de los avances estructuralistas. Algunos autores (especialmente Eco) han iniciado un camino en que la crítica básica no se hace sólo a partir del fondo de una obra, sino también de la forma, y a partir de ésta se intenta incluso hacer la crítica ideológica de la obra. En los medios marxistas, con pocas excepciones nunca se había tenido en cuenta esta posibilidad y desde luego, en el campo de la economía, sólo Godelier ha recogido algunos puntos de esta tendencia.

Todos los demás capítulos del libro intentan formular las dificultades formales y lógicas que los diferentes autores han encontrado para desarrollar un modelo coherente. En primer lugar, se analiza a Smith y a sus antecesores los fisiócratas, ligando su análisis a la crítica de los mercantilistas hecha por él. Ricardo es, en cierta manera, el tema nodal, con referencia al cual los demás están estudiados: su teoría del beneficio y la formalización de su modelo por Sraffa dan la pauta del capítulo. Los postricardianos y sus críticos son tratados en los dos capítulos siguientes. Es aquí donde Dobb recuerda la solución de Dimitriev al problema ricardiano de relación entre valores y precios.

Marx es visto en este libro como un postricardiano, pero mayor (al revés de como lo considera Samuelson), y los socialistas ricardianos son considerados como sus predecesores directos. Dobb, al igual que Meek, al hablar del problema de la transformación, elogia la solución de Sraffa (pero su propia solución difiere algo de ésta), y la de von Bortkiewicz. Ambas soluciones llegan a la conclusión de la independencia de la tasa de beneficio con respecto a las condiciones de producción del sector de bienes de lujo. Tal como ha señalado P. Mattick, para

llegar a tal conclusión hace falta unos supuestos demasiado restrictivos, y desde luego, contrarios al análisis de Marx (quien explícitamente dijo que dicho sector tenía influencia). Además, esta conclusión va pareja con la clasificación de Marx como subconsumista, clasificación demasiado general, ya que el mismo Marx atacó las doctrinas del subconsumo.

Los últimos capítulos están dedicados a la revolución «jevoniana» y a los desarrollos actuales de teoría económica. En esta última parte es donde la influencia sraffiana es más potente, tanto en la explicación de los años de la «alta teoría» de Shackle, con las teorías del crecimiento de Harrod, Robinson y Kaldor, como en la explicación de los últimos debates entre los dos Cambridge. Además de una explicación del sistema de Sraffa, Dobb menciona las dificultades con que ha tropezado la teoría neoclásica, especialmente la imposibilidad de «explicar el interés mediante la escasez de capital, o como premio a la espera» (p. 255, cita de Garegnani).

Un aspecto a remarcar es la relativa independencia del primer capítulo con respecto a los demás. La teoría general de la ideología económica, ligada a aspectos formales e históricos, queda un poco diluida en el análisis posterior, en que a pesar de analizar estos aspectos formales, no se traza el nexo claro que existe con la ideología de cada caso concreto. Es por ello que el libro, tal como se ha dicho, presenta una novedad: las razones conscientes o inconscientes de los economistas cede su lugar a unas dificultades teóricas en la construcción de sus respectivos modelos. Quizás el que esto sea novedad es debido a que hasta ahora no existía la obra de Sraffa. Pero en buena ley deberíamos preguntarnos hasta qué punto el sistema de Sraffa es marxista, hasta qué punto Marx era ricardiano, o quizá si Marx escribió economía, economía política o crítica de la economía política («poniendo a Ricardo sobre sus pies»). En todo caso, el origen ideológico de estas dificultades formales no está claramente explícito.

Para algunos, el libro será un nuevo intento de explicación de los «saltos»

que la teoría económica ha dado; para otros, resultará un retroceso en la línea, siempre interesante, del profesor Dobb; para los más, no tendrá ningún interés. Pero es muy importante para todos.

L. ARGEMÍ

*La Teoría de los Salarios*, J. R. HICKS.  
Labor, S. A., 1973, 300 pp.

El interés que me mueve a hacer la recensión de este libro no reside tanto en la novedad de su contenido, sino en el hecho de haber sido publicado, hace tan sólo unos meses, para nuestra galería de habla castellana, pese a que ello se haya dado con nueve años de retraso con relación a la publicación inglesa (1964). No cabe duda, que esta edición ha sido consecuencia del otorgamiento al autor del premio Nobel de Economía 1972.

Entrando ya en el tema que nos ocupa, pienso que este libro se merece como mínimo la calificación de peculiar por su configuración y contenido, ya que en él Hicks nos brinda la posibilidad de seguir sus diferentes etapas de formación y formulación teórica. Se compone de diferentes trabajos publicados en un intervalo de 32 años (1932 a 1964). Está dividido en tres secciones. En la primera de ellas, se incluye el ya antológico libro del autor titulado *La Teoría de los Salarios* y publicado en 1932. Esta sección ocupa la mayor parte (197 páginas). La segunda sección titulada «Documentos», está compuesta por tres trabajos; el primero de ellos redactado por el economista G. F. Shove y titulado «Revisión a la Teoría de los Salarios» publicado por dicho autor en septiembre de 1933 en *Economic Journal*, viene a ser una recensión del libro de Hicks con una crítica bastante profunda de alguno de los conceptos vertidos en él, y que más tarde el propio premio Nobel la asume casi plenamente. Los otros dos trabajos pertenecen a Hicks y el primero de ellos fue publicado en 1935 y se titula *Salario e interés* y el segundo publicado en 1936 es considerado, por el propio autor, como una revisión al capítulo «Distribución y

Progreso Económico» del libro publicado en 1932.

Finalmente, en la tercera sección titulada «Comentarios», el autor, al tiempo que explica las vicisitudes anteriores y posteriores de su trabajo de 1932, efectúa una serie de apuntes a modo de reformulación de *La Teoría de los Salarios* situado ya en pleno 1964.

Haciendo, de momento, abstracción de su contenido, este libro presenta un elemento altamente positivo ya que por las características de su composición, induce al lector a tomar conciencia del carácter dinámico de la formulación teórica. La Teoría Económica, como Ciencia que escudriña la realidad económica para formular modelos teóricos que la expliciten, tan sólo puede entenderse como un trabajo acumulativo de los teóricos, a través del cual es posible llegar a grados más o menos perfectos de aproximación de los modelos a la realidad que investigan. El teórico, en este trabajo, está condicionado, entre otras cosas, por el nivel de formulación que asume heredada del pasado, por su capacidad y método, por las formulaciones contemporáneas a él (aunque éstas se prestan a pasar muy fácilmente inadvertidas), por su ideología que le dirige y orienta casi sin que él sea consciente de ello, y finalmente por la evolución que él mismo sufre como consecuencia de su propio trabajo de investigación.

Hicks se nos brinda a través del libro que comento como un modelo casi puro de este planteamiento. Su trabajo de 1932 está a mi entender enmarcado principalmente entre dos factores: la teoría de la distribución de Marshall y de Pigou y por su ideología que le impide acercarse demasiado a los planteamientos clásicos de Ricardo y mucho menos a los marxistas. Se nos presenta también en este libro, como un infatigable investigador que huye constantemente de quedar anquilosado en el seno de su propia teoría. Ello es lo que le permite aceptar casi sin reservas las críticas formuladas por el economista Shove a su *Teoría de los Salarios*, así como tomar conciencia de que la «revolución keynesiana» había casi desautoriza-

do su libro. Tanto es así, que impidió su reedición durante treinta y dos años.

En 1964, Hicks justifica el hecho de haber decidido resucitar su antiguo libro, por la validez que alguno de sus capítulos pueden tener, según su opinión, para una teoría del crecimiento. «Un considerable número de propiedades desarrolladas en mi análisis 'estacionario' se han hecho válidas para un equilibrio del crecimiento. Fue en gran parte por la existencia de este enfoque de la teoría del crecimiento que decidí que mi antiguo libro debía resucitar» (p. 247). Nos aclara, además, que la nueva edición tiene como objetivo principal presentar nuevamente, al público interesado, su primer trabajo ya que era éste el que se le reclamaba continuamente. Sin embargo, tal como ya he indicado anteriormente, en la última sección de esta nueva edición, formula una serie de comentarios sobre el contenido de los diferentes capítulos del libro inicial indicando la orientación que daría a su *Teoría de los Salarios* si tuviera que redactarla nuevamente.

No es común que un autor introduzca en su libro una crítica de otro autor a su propio trabajo, tal como lo hace Hicks con la recensión crítica formulada por G. F. Shove a su libro inicial. Sin embargo, hay que tener en cuenta que aunque en ella se demuestra la invalidez de algunas de sus formulaciones, no se ponen en duda sus principios básicos. Podríamos decir que se trata de una crítica dentro de los mismos esquemas y que, por tanto, han perfeccionado el trabajo del autor. Hicks dice estar plenamente dispuesto a suscribir dicha crítica, y en realidad en la sección «Comentarios» lo hace; sin embargo, presta poca atención a la indicación de Shove, en el sentido de que no es correcto arrinconar totalmente la teoría de la población en la formulación de una teoría de los salarios. Transcribo esta indicación de Shove por el interés que conllevan sus razonamientos: «Excluye de la teoría de los salarios la reacción de los ingresos totales frente al número total de obreros susceptibles de ser empleados. Esto puede, sin duda, defenderse en el sentido de que, dentro de los límites de

los cambios en los salarios que acontecen en la práctica, la reacción es demasiado pequeña para que pueda tenerse en cuenta; pero, a la vista de la posible migración, cuando consideramos un solo país, y de las elevadas cifras de trabajadores que todavía viven a un nivel muy cercano al de subsistencia, cuando consideramos el mundo en su totalidad, se precisa una mejor defensa que la mera afirmación de que 'la mayoría de los economistas' se contentan con observar este problema como 'perteneciente a la teoría de la población'» (p. 200).

La contestación que Hicks efectúa en 1964 a esta indicación es muy escueta: «Shove pensó que era erróneo excluir toda discusión de la población, pero todavía opino que era adecuado observarlo como una cuestión que cae fuera de mi objetivo» (p. 252).

La autoridad que otorga la posesión de un premio Nobel es grande; sin embargo, una afirmación de este tipo no basta para negar la validez de las argumentaciones de Shove, y mucho menos si nos planteamos, tal como lo hace Hicks, problemas de equilibrio en el mercado de trabajo.

El contenido del libro inicial es bastante irregular y al desarrollo de los conceptos les sobra en general abstracción y en muchos casos les falta claridad. En este sentido Shove, ya en 1933, indicaba refiriéndose a los últimos capítulos: «Es tan difícil, para todo lector de cualquier nivel, llegar a interpretar el argumento en forma absolutamente precisa, que una crítica detallada sería poco fructífera» (página 209). No se puede olvidar, sin embargo, la amplia repercusión que tuvo y que en algunos casos todavía tiene en el presente, este primer libro de Hicks especialmente en el continente americano. La mayoría de los manuales lo incorporaron rápidamente adquiriendo por ello un importante papel en la teoría económica académica. C. E. Ferguson, por ejemplo, en su *Teoría Microeconómica* (1.ª ed., 1966) nos dice al respecto: «Desde los tiempos de Marshall, Clark y Nicksteed, conocemos los elementos básicos de la teoría de la Productividad Marginal. Pero fue Hicks, en su *Teoría de*

*Salarios*, quien presentó por primera vez una exposición sistemática de la misma» (p. 342).

El autor, sin embargo, no está muy satisfecho de ello y en su «Comentario» nos aclara su posición referente a su libro: «Es la historia de un trabajo juvenil, que (casi inmediatamente) creí que debía mejorarse. He llegado a la conclusión de que sería muy feliz si pudiera ser olvidada» (p. 245).

Por otra parte, la explicación que Hicks da a esta importancia desmesurada, que inesperadamente para él, adquirió su libro es muy interesante e incisiva: «Era muy fácil en Inglaterra, ser un keynesiano conservador, que es lo que en definitiva, me ocurrió a mí mismo. Pero en América (por lo menos en 1946) quien era conservador en política debía ser anti-keynesiano en economía. La *Teoría de los Salarios* podía, pues, ser una lanza que se rompía para justificar aquella difícil (así me parecía a mí) postura intelectual. No era posible prescindir de mi interpretación aunque se considerara incorrecta» (p. 245). De todas formas, según mi opinión, el nivel de excesiva parcelarización en que se ha construido la Teoría Económica, ayudó también a que el libro de Hicks pudiera ser incorporado en el cuerpo de la Teoría Microeconómica sin verse demasiado perturbada esta incorporación por la llamada «revolución keynesiana».

Un comentario profundo del libro inicial de Hicks creo que no estaría justificado por mi parte, ya que el lector interesado en ello puede hallarlo en el ya citado artículo del economista Shove. Por ello, el objetivo que me he propuesto en esta recensión, ha sido tan sólo presentar y enmarcar la segunda edición de esta obra, que acaba de llegar a nosotros, para permitir con ello al lector formarse una idea de conjunto de este libro de tan peculiar configuración. Con miras a este fin, me permito hacer un breve esbozo de su contenido.

El libro se inicia con una justificación del autor a la orientación que da a su trabajo. Es importante que partamos de ella para situar su teoría en el marco de la Historia de las Doctrinas Económicas

que han intentado explicar la formación de los salarios. «La necesidad de una teoría de los salarios independiente, sólo aparece a causa de que la Oferta de Mano de Obra, y la Demanda de trabajo, y la forma en que Oferta y Demanda interactúan en el mercado de trabajo, tienen ciertas propiedades peculiares que hacen imposible aplicar al trabajo la teoría normal del valor de los bienes sin ninguna consideración posterior» (p. 17). Esta misma opinión es ratificada por el autor en la última edición que comentamos (año 1964, p. 248).

En los dos primeros capítulos, se estudia un modelo abstracto de «mercado libre» de trabajo para llegar a formular la teoría de la determinación de los salarios en una situación de equilibrio estático. Parte para ello, del conocido «producto neto» de Marshall y llega a la conclusión de que «el salario compatible con la condición de equilibrio es aquel que iguala el valor de la Productividad Marginal de la Mano de Obra disponible» (p. 22). Sin embargo, esta igualdad se da tan sólo —nos indica el mismo Hicks— si partimos de unos «supuestos extremadamente abstractos, solamente en los cuales es rigurosamente cierto que salario es igual a Productividad Marginal del Trabajo» (p. 23).

Permaneciendo en el mismo nivel de abstracción, el autor formula a lo largo del segundo capítulo, lo que él llama «zona de indeterminación» de los salarios, la cual está limitada por dos extremos entre los que el salario puede variar sin que exista ninguna modificación en la Demanda de Trabajo. Esta «zona» puede tener diversos pares de límites de diferentes orígenes. El primero de ellos es el que surge como consecuencia del simple cálculo de la Productividad Marginal del trabajo que debe servir de referencia; de tal forma que el salario correspondiente a  $x$  trabajadores empleados, debe estar comprendido entre la Productividad Marginal de estos  $x$  trabajadores y la de  $(x + 1)$ . Esto es lo que él llama Productividad Marginal interna y externa respectivamente.

Otro par de límites viene establecido por las diferencias en la eficiencia de la

Mano de Obra. El trabajador empleado «no puede recibir un salario mayor que aquel de quien le precede en el orden de eficiencia...», y no puede recibir tampoco un salario menor que aquel que le sigue en el citado orden de eficiencia» (p. 37). De todas formas, Hicks se presenta partidario de no considerar tales diferencias, pudiendo por ello suponer un nivel medio de eficiencia.

A mi entender, sin embargo, esta teoría de las diferencias salariales justificadas a través de los diversos grados de eficiencia, no puede ser considerada suficiente como para explicar la totalidad de las escalas salariales, entre otras razones porque algunas de ellas están provocadas más que por la diferencia en la eficiencia, por el orden y situación que se ocupa en la jerarquización del aparato productivo. Un análisis profundo del tema, requeriría introducir «factores sociales» que Hicks no abordó en 1932 ni tampoco en su «Comentario» de 1964.

A lo largo de los capítulos 3 a 5, se analiza la posibilidad real de un mercado libre de trabajo, con alguna de las posibles limitaciones a la aplicación de la teoría de la Productividad Marginal. Los temas tratados en ellos son muy dispares y son tratados con muy diferentes grados de profundidad. No obstante, Hicks los concluye con una opinión bastante tajante: «El mercado de trabajo no es un mercado perfecto; las fuerzas equilibradoras no actúan rápida ni fácilmente; sin embargo, actúan» (p. 71).

En el capítulo 6, titulado Distribución y Progreso Económico, y en forma matemática en el Apéndice, el autor introduce el conocido concepto de «elasticidad de sustitución» que por su validez pasó rápidamente a pertenecer al patrimonio común de los economistas. Este concepto fue utilizado por Hicks, para interpretar y prever los resultados del progreso económico en el mundo real y en lo que respecta a la distribución del producto entre los diferentes factores que participan en su elaboración. Todo ello, en el marco de un sistema estático con un solo producto y con sólo dos factores de producción.

En 1936, en el ya citado artículo que

versa sobre el contenido de este mismo capítulo, amplió su análisis anterior explorando los efectos de la introducción de una multiplicidad de factores y de una multiplicidad de productos. Finalmente, en su «Comentario» de 1964, al tiempo que se ve forzado por su propia construcción teórica a abandonar el marco del análisis estático, formula un nuevo planteamiento sobre los dos conceptos básicos de este capítulo: el capital y las innovaciones.

En la segunda parte del libro inicial, cabe hacer dos apartados claramente diferenciados: los capítulos 7 y 8 y los capítulos 9 a 11. En los dos primeros Hicks analiza la aparición del fenómeno sindical en el mercado de trabajo, especialmente en lo que se refiere a los móviles que dirigen la actuación de cada uno de los grupos que participan. Con el fin de prever la posibilidad de éxito o de fracaso, que los Sindicatos Obreros tienen en sus reivindicaciones salariales, formula las ya célebres curvas «de concesiones del empresario» y de «concesiones del sindicato». La confluencia de estas dos curvas indicará el salario a que las dos partes pueden aspirar sin necesidad de recurrir ni soportar ninguna huelga.

Lo más discutible de estos capítulos es, sin duda alguna, lo que se refiere al análisis histórico del sindicalismo, entre otras razones porque no introduce en él la intervención del Estado.

Hicks, en 1964 se muestra, en el comentario que incluye en la segunda edición de su libro, bastante complacido con el contenido de estos dos capítulos; lo contrario de lo que ocurre con los capítulos 9 a 11 que los considera como «extremadamente equívocos» (p. 274). En ellos se planteó el estudio de las repercusiones de las elevaciones de los salarios por encima de los de equilibrio, debido a la actuación de los Sindicatos o del Estado. Todo su planteamiento está orientado en la célebre dicotomía entre cambios monetarios y cambios reales. En este sentido Hicks, en su «Comentario» nos dice sin rodeos: «Escribí mi libro en un estado de monstruosa ignorancia acerca de todo lo monetario» (p. 274). Por ello, en 1964, se ve forzado a sentar las

bases de un nuevo replanteamiento de estos capítulos, partiendo específicamente de la teoría monetaria keynesiana y de un nuevo planteamiento de ciertos elementos de la teoría del crecimiento, lo que le permite analizar el modelo prescindiendo del «estado estacionario» que había introducido en su primer trabajo.

Al margen de la revisión del contenido de estos capítulos, extraña que el autor no haga en su comentario ninguna mención a los últimos apartados de su antiguo libro, ya que los conceptos que vertió en ellos lo merecen ampliamente. Hicks, conduciendo por su propio razonamiento teórico, llegó en estos últimos apartados a la conclusión de que para solventar las injusticias que surgían como consecuencia de la excesiva capacidad empresarial de evadir cualquier control, cabía tan sólo cierta forma de socialismo. Sin embargo, el autor no pudo aceptar tal conclusión teórica y optó por intentar demostrar que un sistema socialista no podía funcionar, entre otras razones, por su repercusión negativa en la riqueza social: «Ciertamente, esta función podría desempeñarse por alguna clase de autoridad que prestara más atención a la justicia y menos a la eficiencia que la que el empresario le presta; pero este procedimiento suele comportar un sacrificio en la eficiencia, y consiguientemente un sacrificio —probablemente amplio— en la riqueza social» (p. 182).

Sin ánimo de criticar al autor por estos párrafos que escribió en plena juventud y que son fiel reflejo de buena parte del pensamiento de la época a que pertenecen, a mi entender merecen ser considerados antológicos en la demostración de la contraposición entre la formulación científica y la formulación ideológica.

Finalmente, haciendo abstracción de los apartados que Hicks dedica, en la última sección del libro, a elementos pertenecientes a la teoría del crecimiento, lo que resulta de mayor interés en estos comentarios finales para una teoría de los salarios, es la nueva formulación del primer capítulo del libro inicial que estaba dedicado a la Demanda de Trabajo.

Su análisis actual sobre este tema es



mucho más amplio del que hizo en 1932 ya que analiza las variaciones en la demanda de trabajo a partir del desarrollo de las «dimensiones o proporciones de escala», incorporando en su análisis una distinción clara entre salarios monetarios y salarios reales y todo ello en el marco de un modelo, que el mismo autor reconoce, de origen keynesiano. Las variaciones salariales son, pues, estudiadas, con el fin de conocer su incidencia sobre la demanda de trabajo, a través de su repercusión en los costes y como consecuencia en los precios de venta de los productos. Esta modificación de los precios de venta puede repercutir de una u otra forma en la demanda del producto, y por consiguiente, en la demanda de trabajo utilizado en su fabricación; todo ello dependerá del tipo de mercado, de la importancia cuantitativa y de la amplitud del incremento salarial, así como de la orientación que adopten el Efecto Renta y Efecto Sustitución.

Este nuevo planteamiento de la demanda de trabajo, según opinión del mismo autor, suplanta en gran medida a la teoría de la Productividad Marginal. Sin embargo, ésta puede ser utilizada para la construcción de modelos de crecimiento «especialmente cuando el fin primordial de dichos modelos es construir una teoría de los cambios en la distribución de la renta en el tiempo» (p. 261).

En resumen, el libro es de verdadero interés para todo lector que se sienta atraído por la historia de las Doctrinas Económicas, dado que, tal como he indicado al comienzo de esta reseña, permite por su propia configuración seguir los avatares de una teoría de la distribución que ha tenido una indudable repercusión en el mundo de la Teoría Económica. Sin embargo, a mi entender, este libro es poco adecuado para el lector que pretenda hallar en él una actual formulación de la teoría de los salarios, ya que los capítulos finales que Hicks dedica a ello, no pueden considerarse suficientes entre otras razones por estar demasiado orientados a justificar el primer libro.

Pese a ello, es indudable que, aunque la actual teoría de Hicks dista bastante

de otras teorías de la distribución que están hoy en vigor, supone un gran avance con relación a la teoría expuesta por el autor en su trabajo de 1932, y ello principalmente, por dejar definitivamente clarificado el que una teoría de la distribución debe ser afrontada desde un marco más amplio que el meramente microeconómico.

JUAN TURRÓ VICENS

*Computadores electrónicos*, S. H. HOLLINGDALE y G. C. TOOTILL. Alianza Editorial, Madrid, 1967, 438 pp.

El libro que se reseña es de gran utilidad para toda persona que tenga inquietud por conocer el misterioso, en principio, mundo del computador electrónico. Es cada vez mayor el número de personas que necesitan tener como mínimo unas ideas, aunque sólo sean superficiales, de lo que es y para qué sirve un computador. Es, pues, de suma importancia para el investigador de la economía, y principalmente cuando trata de aplicar modelos concretos, este instrumento se convierte en imprescindible.

Los autores del libro en cuestión, S. H. Hollingdale y G. C. Tootill son dos importantes figuras británicas en el campo de los computadores, tal como queda reflejado en la nota biográfica a que hacen referencia las primeras páginas del libro. Por otra parte, la edición y traducción han sido esmeradamente cuidadas con profusas y esclarecedoras notas del traductor a pie de página.

Los autores pretenden, tal como indican en la introducción, «exponer cómo funcionan los computadores, cómo hay que plantear los problemas y qué clase de problemas pueden resolverse con ellos». En orden a conseguir tal finalidad, dividen el contenido en trece capítulos, los tres primeros tienen un marcado enfoque histórico y describen los avances más importantes, tanto de los instrumentos como de la representación de los números a través de símbolos, para acabar recogiendo la historia de la aparición de las primeras máquinas automáticas.

En las otras cuatro quintas partes de la obra se abandona la exposición histó-

rica y se describe el estado actual de los computadores y sus implicaciones.

Los tres primeros capítulos, a la vez de servir de introducción, ofrecen una buena aunque breve historia de la evolución tecnológica de toda suerte de ingenios, tal como ya se ha apuntado anteriormente, que abarca desde el ábaco chino y la regla de cálculo, hasta las máquinas de calcular de Pascal y Leibniz. Mención aparte merecen la exposición de la Máquina Analítica de Mr. Babbage, verdadero precursor de los computadores, y el sistema de las fichas perforadas de Hollerith, empleadas ya para analizar el censo de 1890 en los Estados Unidos.

Para el lector interesado en adquirir algunas ideas básicas de cómo funcionan los computadores, merecen especial atención los capítulos cuarto y del sexto al noveno, principalmente el capítulo sexto y el noveno.

Se exponen en el capítulo cuarto, las diferentes clases de computadores, diferenciando por un lado los simultáneos y secuenciales y por otro los analógicos y digitales. El capítulo siguiente describe el computador analógico y del sexto al undécimo se destinan para una completa exposición del computador digital.

Tal como se ha indicado anteriormente, el capítulo sexto tiene especial significación para todo aquel lector interesado en la programación, ya que describe de modo sencillo el funcionamiento de este tipo de computadores.

El lector sin una formación técnica suficiente encontrará los capítulos séptimo y octavo especialmente difíciles, pues describen la memoria digital y diseño de este tipo de computadores respectivamente, aunque su lectura ayuda a hacerle comprender el misterio que encierran para muchos estas «cajas mágicas» (*black boxes*).

El capítulo noveno es de gran interés por cuanto explicita las principales técnicas de programación, tales como el lenguaje ALGOL (abreviatura de Lenguaje algorítmico) nacido de un intento infructuoso para crear un lenguaje universal de computadores. El principal competidor del lenguaje ALGOL es el FORTRAN (abreviatura de Formula Translation) cuyo pri-

mer esquema fue ideado por la compañía IBM en 1955. Una versión mejorada fue el FORTRAN II que se publicó años más tarde y definitivamente en 1964 la compañía IBM publicó una extensa versión con incorporaciones de características del sistema ALGOL que es lo que constituye el conocido lenguaje FORTRAN IV, ampliamente empleado principalmente en trabajos científicos y técnicos. Con la aparición de una nueva serie de computadores (la serie 360) IBM lanzó un nuevo lenguaje el PL/I, que puede convertirse en el lenguaje de los 70, tanto a nivel científico como comercial. Por último, se hace una breve mención del lenguaje COBOL (abreviatura de Common Business Oriented Language) empleado fundamentalmente en procesos de datos comerciales.

La última parte del libro hace una descripción del papel del computador en el mundo y se describen varias aplicaciones de los computadores a diferentes áreas como la biología, lingüística, etc... Entre estas realizaciones cabe señalar la llevada a cabo por un grupo de economistas del Departamento de Economía Aplicada de Cambridge, dirigidos por Richard Stone y realizado entre 1958 y 1960. Este grupo aplicó un modelo de crecimiento económico para Gran Bretaña según diferentes supuestos, para observar así su incidencia en las principales magnitudes económicas.

El penúltimo capítulo considera la interrelación entre un computador analógico y uno digital y el último hace una previsión de cómo serán los computadores en el futuro atendiendo por un lado a la capacidad de memoria y por otro a la velocidad de cálculo, así como a sus previsibles aplicaciones futuras.

El libro aquí reseñado, tiene gran utilidad para aquellos lectores que quieran introducirse en el campo de los computadores electrónicos, aunque debe de completarse su lectura con algún libro concreto de programación, según el lenguaje que se quiera dominar. Para el lector que no desee profundizar en estos temas, le serán suficientes las lecturas de los capítulos sexto y noveno, así como el undécimo.

JUAN A. SALMURRI TRINXET

*Macroeconomics and Monetary Theory*,  
H. G. JOHNSON. Gray-Mills Publishing  
Ltd., Londres, 1971, 214 pp.

El libro del profesor Johnson *Macroeconomía y Teoría monetaria* es excelente por la cantidad de ideas que sugiere. Y ello a pesar de las limitaciones impuestas por la costumbre anglosajona de no incluir el tratamiento del comercio internacional en la llamada macroeconomía. Y la restricción impuesta por el autor de dedicar muy poco espacio al modelo keynesiano de la determinación de la renta (36 páginas) y la poca importancia concedida a la oferta monetaria (10 escasas páginas), aunque en ellas se expone la opinión, compartida con Friedman, de que el único medio para controlar la oferta monetaria es a través del «Open Market». Todo ello hace desaconsejarlo como único manual para el estudioso interesado en estas materias, al tiempo que puede inducir a error al cotejar el título del libro con el contenido del mismo. No obstante, y a pesar de lo señalado, los apuntes de clase del profesor Johnson (pues en esencia constituye las lecciones impartidas en la London School of Economics durante el año académico 1969-70), mantienen un nivel de exposición elevado, que junto a la bibliografía especializada por temas lo hacen sumamente interesante.

Por otra parte, la teoría de la demanda de dinero en tal volumen es lo suficientemente exhaustiva y puesta al día como para ser un buen sucedáneo de la gran cantidad de material, muchas veces desigual, que se debería de manejar a la hora de conseguir un nivel de conocimientos adecuado sobre dicha área de estudio.

Sin embargo, las críticas apuntadas no son tales. En el prefacio, el profesor Johnson señala que la ventaja de esta forma de publicación es un ahorro de tiempo por parte del estudiante. Así como posibilitar un tratamiento desigual de las materias, según su importancia, en contraste con el mero libro de texto que se ve obligado a una exposición homogénea y sucinta del conocimiento puramente convencional.

Centrando el comentario en el propio

libro, hay que reseñar que su estructura consta de 21 capítulos, un apéndice debido a H. M. Miller y la bibliografía con sus ventajas ya anunciadas. Ellas están integradas en cinco grandes apartados: Macroeconomía, demanda de dinero, integración de la teoría monetaria y del valor, trabajos empíricos y, por último, algunas cuestiones de política económica. El primero de ellos está dedicado a la economía keynesiana con 5 capítulos; uno de introducción y el resto de exposición. Éstos empiezan con el conocido diagrama IS-LM, ampliados posteriormente al sector empleo, e incluso a la consideración de una economía abierta. Más adelante se utiliza la política económica keynesiana y, asimismo, la función de consumo e inversión.

Es de resaltar que el autor ya da por supuestos unos conocimientos básicos, pues de no ser así la distribución por temas es sorprendente (esquizofrénica, en su opinión, p. 1). Ello es así puesto que analiza, sin solución de continuidad, y dentro de las curvas IS-LM, el efecto Pigou o la polémica preferencia de la liquidez *versus* fondos prestables. Asimismo, en el capítulo de la función de consumo el concentrarse en el concepto de la renta permanente friedmaniana o en la hipótesis del ciclo vital de Ando-Modigliani y Brumberg, sin hablar del fundamento básico que es la keynesiana. O en el último capítulo, dedicado a la inversión, en que encuentran cabida desde una indicación al famoso problema de la escuela de Cambridge actual del «Double Switching», junto con problemas de ciclo o, lo que es más sorprendente, el modelo de crecimiento de Harrod-Domar.

La parte siguiente, dedicada a la demanda de dinero, consta de 7 capítulos, el primero de los cuales trata de la definición de dinero, propiedades, naturaleza e incluso del dinero interno y externo. Posteriormente de la teoría cuantitativa clásica con especial consideración de Fisher, Marshall, Pigou, Wicksell y Robertson. El siguiente a la teoría keynesiana, empleando el 9 y 10 a las aportaciones postkeynesianas. El 11 a la estructura de los tipos de interés y el 12

a los intermediarios financieros ¡con una página!, si bien es verdad que remite a la bibliografía adecuada. El último capítulo de esta parte se dedica a la teoría neo-cuantitativa de Chicago.

La parte III: integración de la teoría del valor y monetaria, es en parte conocida al lector de lengua castellana gracias a su artículo «Teoría y política monetaria», *Anales de Economía* (1963), pues básicamente de ello se trata. En ella se expone el defecto de la liquidez real, y, posteriormente, toda la polémica consecuente acerca del dinero interno y externo. El corto apartado siguiente está dedicado a la evidencia empírica de la demanda de dinero, en la cual se busca más que la exhaustividad, la claridad expositiva.

Por último, la parte V trata de un conjunto de temas que no tendrían una fácil integración en los capítulos anteriores. En ella hay, aparte del capítulo dedicado a la oferta de dinero, ya comentado, uno que hace referencia a la teoría de la inflación, con un análisis prácticamente completo de la curva de Phillips. Todo ello complementado con un capítulo que trata de modelos de crecimiento muy someramente, salvo el papel jugado por el dinero en dichos modelos, y un último capítulo consagrado al sistema monetario internacional, con especial referencia al patrón oro.

El libro finaliza con un apéndice de M. H. Miller, asimismo de la London School, cuyo objetivo básico son las relaciones de la demanda y de la oferta en un modelo simple keynesiano, a fin de dilucidar la actuación de la política monetaria fiscal y el llamado efecto Pigou.

En conjunto, es un manual que a nivel global presenta un tratamiento sumamente interesante de los distintos tópicos en este campo, si bien desigual en su extensión. No obstante, ello no es óbice para que mantenga un tono elevado que posibilita un conocimiento adecuado máxime si al mismo tiempo se complementa con la excelente bibliografía por temas que se incluye al final del libro.

ZAHRA LOZANO VELILLA

*Readings in the History of Economic Thought*, P. P. LOUIS. McCutchan Publishing Corporation, Berkeley, Cal., 1971, VI + 248 pp.

El autor de estas Lecturas, *Associate Professor* de Economía en la Universidad de Dayton (Ohio), manifiesta en el prefacio los objetivos que persigue su trabajo. Así, en la página V leemos:

«Este libro se propone presentar los economistas más grandes del mundo con una sucinta biografía, una lista de sus principales enseñanzas, un somero análisis de su eficacia y una breve discusión de la pertinencia de la enseñanza en la economía moderna. El libro incluye también selecciones sobre los principales movimientos económicos desde el mercantilismo hasta el socialismo.»

Ambicioso propósito, sin duda. Y más ambicioso todavía cuando consideramos que el autor anuncia todo ese contenido en un libro de sólo 248 páginas de formato  $22,5 \times 15$  cm.

Con interés seguimos informándonos de que este libro «puede satisfacer la necesidad de cualquier curso de *college* a nivel de *undergraduate*. Además, muchas *high schools* están interesadas en un texto que no sea caro y que pueda familiarizar a sus estudiantes con los artífices de la ciencia económica» (p. V).

Así pues, el autor también ha tenido en cuenta el aspecto del coste para el comprador potencial. Este extremo es de comprobación inmediata, pues su precio de venta en unidades monetarias nacionales, fijado por un conocido importador de libros de Economía afincado en la capital del reino, es de 280 ptas. El hecho de que el profesor Louis haya conseguido alcanzar esta parte de sus objetivos parece que alimenta nuestra confianza en que el resto de su programa conozca también el éxito. Y decimos esto porque, en principio, somos más bien escépticos al respecto.

El autor, en efecto, acomete la tarea de cubrir toda la historia del pensamiento económico, desde la época griega hasta nuestros días, distribuyendo tan liviana materia en treinta y seis capítulos. La extensión de éstos es diversa, desde las

once páginas (capítulo dedicado a Marx, Engels, Lenin, y capítulo que trata de Marshall) hasta las tres páginas (capítulos en los que nos habla del cameralismo, de Turgot y de Say).

Por lo menos dos problemas se presentan, a nuestro modo de ver, a una obra de este tipo: seleccionar los temas y exponerlos en la forma más adecuada, dentro del espacio disponible. Veamos cómo los soluciona nuestro autor.

En cuanto a la selección de temas o, en nuestro caso y tal como construye su libro Louis, de autores, se pueden observar algunas ausencias que llaman la atención, pues uno esperaba encontrarse, por ejemplo, con los marginalistas de las escuelas de Viena y Lausana, y éstos no han sido invitados. Acaso para suplirlos, nos es dado saludar a Max Weber, al dirigente obrero Samuel Gompers, al alemán Pesch, a Robert Triffin, a Michael Harrington y al mismísimo general George Catlett Marshall, autor del Plan que lleva su nombre. Sin el menor ánimo de molestar a nadie, nosotros nos interrogamos acerca de si era ésta la mejor selección posible y una arraigada convicción nos inclina por la negativa.

Pero, aparte de ello, ¿cómo resuelve el autor el tratamiento de cada tema elegido? La lectura de la obra nos convence de que la distribución relativa del espacio no ha sido afortunada, aunque esto no es lo peor. Lo más grave es el modo de desarrollar cada uno de los epígrafes.

Es claro que el libro pretendía y debía ser un manual a nivel introductorio y diríamos que propio de la enseñanza secundaria, nunca de la superior. Pero un trabajo de este tipo puede y debe desarrollarse con un mínimo de seriedad y consistencia. No podemos decir que esto sea así en el libro que estamos comentando: en general, los capítulos son muy mediocres. El autor cita a menudo textos de los autores que trata por fuentes secundarias y aun de escasa categoría. No está bien despachar una cita de Aristóteles o de cualquier otro, tomándolo de un manual y no de primera fila. Para colmo de desdichas, la impresión ha sido muy mal cuidada y aparecen errores en nombres y fechas.

Al final se nos ofrece una extensa bibliografía que comprende más de doscientas referencias. Nos da la impresión de ser muy desigual y quedamos admirados cuando después de lo visto, el autor nos remite —por ejemplo— a la *Crítica de la razón práctica* de Kant o a la *Filosofía de la Historia* de Hegel.

En el prefacio pudimos leer también que «este libro puede ser un camino efectivo para desarrollar lecturas de Economía» (p. V). Ciertamente, pero en el sentido de leer algo que esté en condiciones de orientarnos en un mundo tan exuberante y lleno de interés, y no de darnos una idea tan pobre de un campo tan rico.

JORGE PASCUAL

*Economía de mercado versus economía planificada*, J. ROBINSON. Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1973, 273 pp.

Han sido precisos veintidós años para contar entre nosotros con la traducción al castellano de la obra de Joan Robinson *Collected Economic Papers* en su volumen I; cabe señalar que la importancia de la obra no merecía tanto retraso, sobre todo si tenemos en cuenta que ensayos muy recientes de la propia autora ya han sido vertidos al castellano, aunque su mérito sea más producto de su bien ganado prestigio que de auténticas aportaciones al campo de nuestra ciencia. El libro lo dedicó a todos sus alumnos. Paradójicamente y apartándose de lo que es usual, los responsabiliza de los errores cometidos en el mismo: «sobre ellos debe recaer la responsabilidad por cualquier error que me hayan permitido mantener» (p. 11).

Naturalmente, y teniendo en cuenta que están contenidos veinticinco artículos, sobrepasaría el trabajo de una reseña el comentario crítico de cada uno de ellos, aparte de que por la variedad de los temas tratados, el que suscribe la reseña pecaría de excesiva pretensión al intentar abarcar todos los campos de estudio que en el libro se abordan. Hay que añadir que la versión original apareció en el año

1951 —detalle ignorado por el traductor— por lo que los comentarios a la misma han sido ya varios; cabe citar entre ellos el realizado por Arrow (Econometrica, 1953).

Los artículos se encuentran sistematizados por la propia autora en cinco partes; la primera parte se fundamenta sobre el análisis estático dedicado al estudio de la competencia desde una perspectiva crítica, en ella destaca el tratamiento que del problema de la adición se hace en el artículo «El Teorema de Euler y el problema de la Distribución» publicado en 1934, el cual denota un cierto pesimismo por las dificultades que surgen al intentar resolverlo, en este sentido es sintomática la forma como concluye su exposición transcribiendo literalmente a Wicksteed, que ya en 1894 se lamentaba de los resultados obtenidos, aun existiendo la promesa de que el camino a seguir es analizar el monopolio y la verdadera socialización de la producción, lo que constituye un consuelo para paliar las deficiencias de dichos resultados, la señora Robinson concluye: «Cuarenta años más tarde, los economistas siguen discutiendo el problema de la suma y se olvidan de hacer realidad esa magnífica promesa» (p. 36).

En la segunda parte se examinan diversos problemas enfocados desde el punto de vista keynesiano; «La Inflación en tiempos de guerra» basado en una conferencia que pronunció en París en 1945 intenta ser una lección que los franceses deben aprender de la forma como se resolvió el problema en Inglaterra. La autora concluye explicando el posible asombro por no haber mencionado en un artículo de inflación la cantidad de dinero. Con el peculiar estilo que la caracteriza nos dice: «Estamos orgullosos de haber logrado una guerra al tres por ciento» (p. 119), conclusión lógica a un párrafo que le antecede en el que afirma que «las autoridades británicas han aprendido por experiencia que si se ataca de raíz la verdadera causa de la inflación —excedente de renta respecto a las existencias disponibles— la cantidad de dinero puede dejarse abandonada» (p. 119). Sus planteamientos keynesianos alcanzan el máximo

en el artículo «Planificación del pleno empleo»; al fin y al cabo la intención de la autora en relación a esta parte, está clara en el prólogo, cuando constata que «los textos... constituyen una serie de intentos de exponer y defender la Teoría General» (p. 13), dicho artículo patentiza la imposibilidad de compatibilizar el pleno empleo con la empresa privada no regulada, aunque se nos intente confundir en base a remarcarnos la ineptitud de la burocracia o las excelencias de la empresa privada en la adaptación del progreso técnico. Hay que señalar, finalmente, que el ensayo «El Concepto de atesoramiento» es una excelente aportación teórica para clarificar y delimitar tal concepto.

En la tercera parte se abordan problemas relacionados con el crecimiento económico; se hace un estudio de la teoría del valor trabajo y se examinan las similitudes y diferencias entre Marx y Keynes en un intento de ver la posible complementariedad de sus enfoques, ya que cada uno se mueve en un campo distinto; Marx no acaba de acertar en su visión de la crisis final del sistema, Keynes le complementa: «En vez de una pobreza creciente de las masas una creciente susceptibilidad al desempleo representa la flaqueza íntima del capitalismo en desarrollo» (p. 172); por otra parte, el análisis está temporalmente limitado y aquí Marx es el contrapunto: «Keynes... no toca en absoluto los principales problemas que preocuparon a Marx y ha socavado la teoría ortodoxa del equilibrio a largo plazo, sin sustituirla por nada muy definido» (p. 173). En esta parte, como en la mayoría del libro, sus aportaciones se hacen en base a la crítica de autores y a las teorías que sostienen, y así finaliza la misma enjuiciando la Dinámica de Harrod y la Planificación de Dobb.

La cuarta parte versa sobre cuestiones de comercio internacional, muy acertada la exposición que se hace de la teoría clásica del comercio internacional; en el artículo «Equilibrio del intercambio» arremete contra el concepto de equilibrio para analizar la definición de «desequilibrio fundamental» que se da en el acta final de Bretton Woods: «El mundo

—fuera de los manuales de economía— jamás se ha hallado en esa posición ideal» (p. 254).

La quinta parte contiene un solo ensayo, la historia de la Bella y la Bestia, realizado en su época de estudiante. Los personajes del cuento satisfacen sus deseos en base a la igualación de las utilidades marginales.

Desde la perspectiva de la obra en su conjunto hay que señalar que su importancia reside, sobre todo, en algunos de los artículos que en él se contienen; es muy difícil que en un libro que tiene veinticinco ensayos guarden todos ellos una calidad pareja. Ni que decir tiene que se desborda la aguda intuición y el estilo mordaz y penetrante que caracteriza a la autora, llegando a veces a plantear algunos problemas con cierto desenfado e ironía.

Creo que es preciso detenerse en la consideración que sobre su Economía de la Competencia Imperfecta manifiesta en el prólogo. Parece que su desencanto ante su creencia de haber seguido un camino equivocado para su elaboración no es concomitante con la visión actual que del libro tiene en el prólogo de la segunda edición. (Esta idea la sugiere la lectura del acertado comentario crítico a la segunda edición de la Economía de la Competencia Imperfecta realizado por Manuel Peñalver en Cuadernos de Economía, núm. 1.) En él se lamenta de la poca respuesta que habían encontrado algunas de sus argumentaciones, que hubieran podido desterrar muchos de los fundamentos hasta entonces intocables y que en la actualidad, todavía no nos hemos conseguido desembarazar. En cambio, la perspectiva que de ello tiene en 1951 parece distinta y aunque sea de pasada nos quiere patentizar su error. La autora nos presenta el ambiente de Cambridge cuando en 1929 comenzó a dar clases; las enseñanzas de Sraffa ya no podían persuadir a los jóvenes para seguir admitiendo las «inconsecuencias de Marshall»; de hecho, la situación en aquel momento queda perfectamente plasmada en propias palabras de Joan Robinson: «Comenzaba a resultar demasiado evidente la profun-

da contradicción existente entre la base estática y la superestructura dinámica» (p. 12). Es precisamente en este momento cuando se desvió del auténtico camino, y ahí es donde muestra su convencimiento por el error cometido, es decir, seguir a Pigou y no introducirse en el campo de posibilidades abiertas por Marshall dentro de la Teoría del Desarrollo; reconoce que su fallo reside en no haber conseguido una interpretación adecuada de Marshall, lo que queda reflejado, además, en la selección de artículos de la tercera parte dedicada a problemas de desarrollo.

En lo referente al título de la obra en la versión castellana, debemos señalar que resulta inadecuado, aunque sólo fuera por el poco respeto al título que encabeza la edición original. Pero ello va más allá si hacemos otro tipo de consideraciones relacionadas con el contenido de la obra. Es cierto que analizando el libro tanto con perspectiva histórica como actual, se desprenden continuamente consideraciones en torno a una crítica al sistema de mercado, aunque también es cierto que la crítica se fundamenta en replantear y desarrollar la teoría keynesiana con la intención de dejar constancia de la imposibilidad del libre mercado para resolver determinados problemas y la discusión de la forma como se pueden paliar. Pero lo cierto es que la cosa no pasa de ahí. Se pretende, sobre todo, un determinado control que actúe con flexibilidad, y aunque se reconozca a la burocracia más flexible que la empresa privada, este control casi nunca está definido. En cuanto a los temas no considerados por Keynes que son los que constituyen la tercera y cuarta parte, la autora no duda en señalar que su influencia también fue decisiva. Debo finalmente señalar que aun estando convencido que se hace precisa la difusión para su lectura de lo que se escribe en torno a la economía, una autora de primera línea como es el caso de Joan Robinson no necesita de títulos sugerentes.

El libro no hace uso como es tradicional de formulaciones matemáticas, salvo una en el primer artículo. En cuanto a la traducción, aun cuando sea correcta



en la forma, algunos conceptos económicos han sido mal vertidos al castellano.

EUGENIO AGUILÓ

*Teoría del desarrollo. Aspectos críticos*, J. ROBINSON. Ediciones Martínez Roca, Sociedad Anónima, colección Novocurso, edición 1973, 320 pp.

El presente libro es una recopilación de artículos, conferencias y ponencias realizadas por la economista durante el período 1952-59, además de un artículo sobre el libro de Rosa Luxemburg *The Accumulation of Capital*, editado en 1951 (dicha obra, traducida al castellano con el título de *La acumulación de capital*, fue editada por Grijalbo, México).

El tema central gira alrededor del «capital»; aunque los artículos plasmados en este libro no tienen una coherencia entre sí, podemos observar el interés de la autora por los principales problemas sobre la acumulación de capital en una economía en expansión y, en especial, en cómo debe medirse el valor capital.

Estudia las diferentes aportaciones, en especial las de Marx, Marshall y Keynes. Analiza la aportación de la teoría del valor trabajo en el contexto actual (es decir, de hace 15 o 20 años). En una serie de conferencias pronunciadas en la Delhi School of Economics (1955), Joan Robinson expone las teorías de los economistas citados, y critica en especial a los marxistas y a la escuela ortodoxa la falta o poco interés que tuvieron ambas escuelas en conocer sus aportaciones teóricas, sobre todo cuando dice que «la escuela ortodoxa no hizo casi nada por aprender a Marx y ello porque no les gusta su política y sólo se ocupan de su economía para señalar algunos errores de éste —en especial la teoría del valor trabajo—, con la esperanza de que, al refutarle algunos puntos, lograrán que sus doctrinas políticas resulten inocuas».

En unas notas de su obra *Rate of Interest and Other Essays*, la autora se pregunta si el capital es productivo de por sí o bien si sólo contribuye a que el trabajo sea productivo, y llega a la conclu-

sión de que «si por capital se entienden los recursos financieros... se puede considerar como un factor de producción». Robinson da vueltas al tema, en especial por la aportación de la teoría marxista de que los salarios reales tienden, de una forma general, a ser constantes, y por tanto, al desarrollarse el capitalismo y el producto por hombre-hora, se tiende a acentuar el desnivel entre la renta real de los trabajadores y la de los capitalistas. La opinión de Joan Robinson sobre la composición orgánica del capital  $c/v$  es que «no resulta fácil localizar el significado de esta relación y es preciso discutirla ampliamente». Y se pregunta cómo debe interpretarse  $c/v$ , ya que «esta expresión no casa». La proposición central de la teoría de los beneficios de Marx expresa que «a lo largo del proceso de acumulación de capital, va aumentando la composición orgánica del capital, y que la tasa de beneficio sobre el capital disminuye si la tasa de explotación permanece constante» ( $p/v = k$ ),  $c/v$  creciente en el tiempo,  $p/(c + v)$  disminuye en el tiempo, y Joan Robinson opina que la constancia de la tasa de explotación significa que es constante la parte del excedente en el producto neto. Ahora bien, cuando la tasa de beneficio es constante, las innovaciones neutrales dejan constante la participación del capital, y las innovaciones consumidoras de capital la hacen aumentar. Pero si la norma es que las participaciones relativas no varían según la técnica empleada, entonces las innovaciones consumidoras de capital —las que aumentan el capital por unidad de trabajo cuando se mide el capital en unidades de salario— reducen la tasa de beneficio. En consecuencia, la proposición central tendrá sentido si identificamos la composición orgánica creciente con un aumento del capital por unidad de trabajo.

Dentro de la primera parte, la autora recoge un artículo sobre «La filosofía de los precios», que se basa en un artículo publicado en mayo de 1958, denominado «Some Reflections on the Philosophy of Prices» en Manchester School y cuya tesis trata de la formación de los precios desde una economía primitiva a una economía de intercambio en un mercado li-

bre y a una economía planificada. A raíz de ello, sugiere una interpretación de la teoría marxista del valor: a su modo de ver, en esta teoría reside, al contrario de la teoría neoclásica ortodoxa, la relación que existe entre los precios monetarios y la distribución de la renta real.

En un artículo publicado en *Science and Society* sobre la teoría del valor trabajo (1954), la autora comenta que la principal diferencia entre la teoría del valor trabajo y la teoría de los precios basada en la oferta y la demanda neoclásica es una diferencia de énfasis. Ello es debido a que la teoría neoclásica subraya aquellos elementos que la teoría del valor omite, esto es, diferencias en la proporción entre capital y trabajo en los distintos tipos de producción y diferencias de coste debido a la existencia de factores de producción especializados con una oferta limitada —recordemos que la teoría valor trabajo establece que los precios varían de acuerdo con los costes relativos—. Por tanto, podemos destacar de este artículo que si el capital y el trabajo necesarios para la producción guardan una relación distinta, una diferencia en el nivel general de beneficios afecta a los precios relativos, puesto que influye sobre aquellas líneas que requieren una mayor proporción de capital. Los precios relativos no dependen sólo de los costes relativos en términos de trabajo, sino que también se ven influidos por la demanda —recordemos que ésta es la aportación neoclásica—.

Se incluye una reseña sobre *La acumulación de capital* de Rosa Luxemburg, en la que dicha autora expone el modelo de acumulación de capital, estableciendo hipótesis tales como que la proporción entre capital y trabajo es constante y, por tanto, el output real por trabajador empleado es constante y son constantes los salarios reales por trabajador. De ello se sigue que la plusvalía real por trabajador también es constante. El valor creado por trabajador y año es constante, ya que las horas trabajadas son constantes; también lo es el valor de una unidad de producto y, para acabar de facilitar las cosas, supone que los salarios monetarios por trabajador son constantes. Hace el supuesto de

que se ahorra el 50 % de la plusvalía y que estos ahorros se distribuyen entre capital constante y capital variable de forma que se mantengan las proporciones entre capital y trabajo. El sector económico está equipado ahora para llevar a cabo otro turno de inversión con la tasa prescrita y continuar el proceso de acumulación.

La pregunta que se hace Joan Robinson es de dónde sale la demanda que mantiene tal acumulación; en definitiva, le preocupan los incentivos que determinan la inversión. ¿Bajo qué motivaciones se hallan los capitalistas cuando deciden ampliar el stock de capital real? Es decir, los inversores ignoran cuál será la demanda de bienes de producción sobre el nuevo capital para que, capitalizando éste su plusvalía, les sea rentable.

Robinson adopta la postura de que las inversiones en stock de capital en constante acumulación se producirán si el mercado está en constante expansión para los artículos que producirá este capital, y llega a la conclusión de que «el problema es más formidable de lo que parece en el modelo propuesto por Rosa Luxemburg, puesto que la tasa de acumulación de capital de equilibrio es superior, en términos reales, a la del modelo, en el cual la tasa de explotación es constante». Al mismo tiempo, va aumentando la proporción de capital constante respecto al capital variable.

La segunda parte del libro está dedicada al estudio de la función de producción en la teoría del capital, la de la distribución y el progreso tecnológico.

Publicado en *Review of Economic Studies* (1953-54), Joan Robinson recoge un estudio analítico sobre la función de producción,  $x = f(L, K)$ , en que  $L$  es una cantidad de trabajo y  $K$  una cantidad de capital. Medir  $L$  en hombres-hora, cuando se supone que todos los trabajadores son iguales, no es tarea difícil; el problema que plantea Robinson es cómo se mide  $K$ . Para ello, expone que la tarea presenta sus dificultades, pero que, dado que el capital existente en cualquier momento puede considerarse simplemente como «parte del ambiente en que trabaja la ma-

no de obra», se tendría una función de producción exclusivamente en términos de trabajo (pero esta valoración, como es lógico, tan sólo se produce en un estudio a corto plazo).

La autora se plantea una serie de preguntas sobre si el valor del capital ha de estar de acuerdo con su poder adquisitivo futuro o según sus costes pasados; analiza ambas situaciones y encuentra, en el primer caso, dificultades por considerar un tipo de interés y, en el segundo, en que el coste del capital incluye el coste de los bienes de capital. Relaciona asimismo la tasa de beneficio con el tipo de interés a corto y a largo plazo. Es, por tanto, un capítulo muy sustancioso, dado que permite conocer la postura de diversos autores sobre el tema.

En un artículo publicado en *Economie Appliquée* (1957) sobre la teoría de la distribución, introduce aportaciones de Kalecki y Keynes sobre el tema. Se podría sintetizar diciendo que la parte de los salarios en la renta de pleno empleo tiende a ser más reducida cuanto mayor sea el nivel de inversión y más bajo el nivel de economicidad. Establece que, con unas propensiones al consumo y una tasa de inversión dadas, existe determinado nivel de márgenes de beneficio que resulta compatible con el pleno empleo en cualquier situación a corto plazo dada. No es posible conseguir el pleno empleo sin presión inflacionaria si no se cuenta con una capacidad adecuada. Para cada nivel de capacidad superior a este mínimo existe un nivel de márgenes de beneficio que asegurará el pleno empleo.

Joan Robinson introduce en este libro un artículo inédito sobre «Capital, técnica y proporciones relativas». Con el artículo pretende destacar la importancia de la técnica en el proceso de producción y, como casi siempre hace en sus planteamientos, parte de supuestos simplistas y posteriormente establece unas condiciones de equilibrio. Analiza el problema bajo cuatro supuestos y, por tanto, obtiene cuatro modelos. En el primero, establece un sector único y una técnica variable; en el segundo, un sector único y una técnica única; posteriormente lo amplía a dos sectores y una técnica variable y, por últi-

mo, a tres sectores. Concluye que no sería sorprendente comprobar que la relación capital-producto y la participación de los salarios en el valor del output se hayan mantenido aparentemente más o menos constantes en el transcurso de un período de desarrollo capitalista bastante próspero.

Por último, cabe destacar un artículo sobre «La competencia imperfecta en retrospectiva» publicado en *Economic Journal* (1953), obra de la que existe una reciente traducción al castellano (*Economía de la competencia imperfecta*, editorial Martínez Roca), ya reseñada en esta Revista, n.º 1, vol. I.

El libro es un manual publicado en los años treinta, que Joan Robinson enjuicia después de veinte años. La teoría que predominaba era la búsqueda del equilibrio a través de la igualación del precio con el coste marginal, y la de los salarios con el producto marginal del trabajo. La autora manifiesta que siempre ha tenido dificultad por distinguir entre competencia imperfecta y competencia monopolística. Reconoce que, en su obra, el empresario y sus beneficios se tratan de forma sumamente primitiva, y destaca que en nuestros tiempos no existe un tipo de empresario único y universal.

En resumen, el libro *Teoría del Desarrollo*, aunque con unos cuantos años de retraso, nos llega con un profundo estudio sobre el concepto capital y las diferentes formas de su tratamiento, a la vez que analiza las aportaciones de diferentes autores.

ORIO CALBETÓ

*Economic Heresies: Some Old Fashioned Questions in Economic Theory*, J. ROBINSON. Macmillan, Londres, 1971, XIX + 150 pp.

«Los economistas deberían hacer todo lo posible para informar a la gente de los aspectos económicos de estos problemas amenazadores. Se lo impide un esquema teórico que (con todas las reservas y excepciones) representa el mundo capitalista como un *kibbutz* manejado, con perfecta información, para maximizar el

bienestar de todos sus miembros.» La frase final del reciente libro de Joan Robinson, da idea clara de su objetivo: mostrar los defectos de tal esquema teórico y señalar las vías que permiten obtener resultados correctos.

La autora se está refiriendo al modelo neoclásico en su forma posterior a las aportaciones keynesianas y tras haber neutralizado las más peligrosas para su supervivencia. En efecto, para la señora Robinson, lo que en un momento fue revolución keynesiana, resultó frenado al poco tiempo por la «contrarrevolución y restauración» (p. 82) y por ello, en la actualidad, la ortodoxia incluye una versión neo-neoclásica y un keynesianismo aguado que coexisten pacíficamente y se reparten las zonas de influencia.

Tal visión había sido ya formulada en anteriores ocasiones, y la propia autora se refiere explícitamente a uno de los responsables máximos de esta tesis: Axel Leijonhufvud (p. 85) citando también a R. W. Clover (p. 65) aunque fuera del contexto de esta cuestión. No obstante, el enfoque resulta claramente distinto, puesto que los autores citados plantean el problema en el ámbito de la teoría monetaria, mientras que Joan Robinson asumiendo una vez más el papel de portavoz de la «escuela de Cambridge» se sitúa en un plano mucho más general.

Por otra parte, la autora piensa seguramente que el propio Keynes se comportó como un aprendiz de brujo, y en la introducción (p. IX) menciona que él mismo empezó a reconstruir el edificio que había derribado. (En el capítulo 8, al tratar del crecimiento afirmará lo mismo y aquí sin ambages, de sir Roy Harrod.)

Tras este proceso, la nueva ortodoxia neo-neoclásica tiene un doble mensaje, consistente en afirmar que el comportamiento ahorrador de los individuos determina el importe de la inversión, y que la forma que ésta toma, está guiada por el principio de maximización del bienestar de la sociedad. El libro, en palabras de su autora, intenta encontrar las raíces de la ortodoxia moderna en la tradición neoclásica (p. XV) y efectuar su crítica no como resultante de un sesgo ideológico, sino desde el punto de vista de su con-

sistencia interna y de su relevancia. En este sentido, una de sus críticas más importantes se refiere al tratamiento del tiempo, pues: «parece imposible distinguir entre diferencias coexistentes y cambios secuenciales» (p. 142).

Antes de pasar al análisis detallado del contenido de la obra, resulta interesante señalar algunos puntos generales. El más importante es posiblemente el énfasis que Joan Robinson dedica a la distinción entre el enfoque de Walras y el de Marshall: «Parece que la ortodoxia moderna se basa fundamentalmente en Walras, lo cual reduce su ámbito. La tradición de Marshall, aunque llena de confusiones y de sofismas, era mucho más rica» (p. XV). Además, presta una especial atención a lo que ella denomina la «visión» de Marshall del capitalismo, en tanto que distinta de su análisis formal, en la cual tiene cabida el crecimiento. De esta forma, la influencia de Ricardo en Marshall, sería mayor de lo que comúnmente se ha venido considerando, y se podría trazar una única vía que, desde Ricardo llegaría hasta la actualidad, configurando una misma escuela de pensamiento cambridgiiano, y en la que Marshall y Keynes serían los hitos intermedios.

Todo esto sólo es insinuado por la señora Robinson, pero los elementos aparecen bien visibles, para que el propio lector obtenga las conclusiones, y sin duda, se trata de una hipótesis sugerente.

Otro aspecto, quizá de menor importancia, hace referencia al estilo de la obra. Como de costumbre, su autora prescinde del uso de las matemáticas o quizá mejor, las esconde, diluyéndolas en exposiciones literarias. Este hecho, que resultaba desde luego más extremado en su obra *La acumulación de capital*, en el texto de la cual no aparece ni una sola fórmula matemática, es claramente premeditado y obliga a pensar en las reglas en que Marshall explicaba su método de trabajo (Memorials p. 427) citadas por el profesor Manuel de Torres en su introducción a la edición castellana de los *Principles of Economics*.

Por lo que respecta a su estructura interna, el libro se divide en ocho capítulos, si bien los cuatro primeros tienen en

común el énfasis en los problemas relacionados con el tratamiento del tiempo. El primero analiza los estados estacionarios, distinguiendo entre los postulados por Walras, Pigou, Marshall y Wicksell. Los dos primeros serían los tipos puros mientras que en Marshall existiría en realidad «progreso», y en Wicksell, una mezcla de los dos primeros tipos.

El segundo capítulo estudia la oferta marshalliana en sus tres fases de muy corto, corto y largo plazo, señalando la importancia de la segunda de ellas en tanto que permite distinguir entre los conceptos de capacidad y grado de utilización, y las diferencias entre la formulación de Marshall y de Walras. También se analiza en este capítulo la teoría convencional de la formación del precio en competencia, y los efectos de las expectativas, profundizando en el tratamiento del tiempo que todo ello supone.

En el capítulo titulado «Interés y beneficio» se consideran las teorías del beneficio de Marx, Walras, Marshall, Keynes y los neo-neoclásicos. Al mismo tiempo se señala la necesidad de distinción entre los conceptos de interés y beneficio, que se confunden en muchas de las teorías explicativas. Por último, expone la teoría de Cambridge del tipo de beneficio, en que éste es igual a la tasa de crecimiento dividida por la propensión al ahorro de los capitalistas, y la relación de esta fórmula con la afirmación que ya hiciera Kalecki en 1939 de que los trabajadores gastan todo lo que ganan y los capitalistas ganan todo lo que gastan (*Essays in the Theory of Economic Fluctuations*).

El capítulo cuarto, expone el distinto origen de los «rendimientos crecientes» y «decrecientes» y el fenómeno de irreversibilidad que tiene lugar cuando se han logrado economías de escala, puesto que si se reduce de nuevo la producción, el coste será menor que el inicial. Según Joan Robinson, Marshall era consciente de este hecho, y un punto inferior en su curva de oferta decreciente es posterior en el tiempo. También aquí se hace referencia a la diferencia entre los conceptos de producto marginal en Ricardo y Walras, que, sin embargo, coinciden en el caso especial del ejemplo utilizado

por Marshall, y al llamado dilema de Marshall, derivado de la consideración de costes medios decrecientes debidos a la existencia de economías de escala, y que resultaban incompatibles con el modelo de competencia perfecta, así como de la solución de Pigou y de las controversias posteriores, resueltas por P. Sraffa en 1926.

Al llegar aquí, la autora efectúa unas reflexiones que, si bien se centran en este cuarto capítulo, corresponden en realidad a toda la primera mitad de la obra. El problema central está en el intento neoclásico de escapar del tiempo y, para la señora Robinson, si los problemas se plantean en términos de lo que ella dice llamar modelo marshalliano (la «visión» de Marshall) resultan mucho menos intratables puesto que la irreversibilidad deja de ser problema, el dilema entre competencia y costes decrecientes desaparece, la competencia puede ser muy imperfecta y, sin embargo, hablarse de «economía competitiva en sentido amplio, etc. «Pero cuando metemos el tiempo histórico en la argumentación, no es tan fácil presentar el libre juego del mercado como un mecanismo ideal para maximizar el bienestar y asegurar la justicia social. El mismo Marshall admitió que la acumulación y el empleo dependen de las expectativas sobre un futuro incierto. Su teoría del corto plazo es una teoría de la inestabilidad y, en términos históricos, su teoría de la distribución basada en las «retribuciones» de los «factores de la producción» no tiene ningún sentido. La historia económica es claramente el escenario de intereses conflictivos, que es precisamente lo que los economistas neoclásicos no quieren tratar» (p. 63).

Tras esta parte de la obra centrada en el problema del tiempo, los cuatro capítulos restantes se ocupan de tres grandes sectores de la teoría: nivel de actividad y nivel de precios, teoría de la empresa y crecimiento.

En el capítulo sexto (Precios y Dinero) Joan Robinson critica duramente la interpretación de Keynes efectuada por Hicks, y sus curvas IS-LM bajo el calificativo ya mencionado de «contrarrevolución y restauración» y efectúa un deta-

llado análisis de las inconsistencias de tal formulación, remitiendo al lector, de forma adicional, a la obra de Leijonhufvud. También en el mismo capítulo, sin duda el más polémico del libro, la autora se ocupa de la escuela de Chicago, en lo que ella denomina primera versión de Simons y segunda versión (de Friedman). La diferencia entre ambas versiones, dice, no es más que de énfasis, y si Friedman recomienda un crecimiento constante y controlado de la oferta monetaria como medida esencial, esto se debe a haber adaptado las teorías de Simons al moderno enfoque de crecimiento. En cualquier caso, tanto desde la perspectiva de Hicks como de la escuela de Chicago, la teoría keynesiana del tipo de interés ha sido convertida en una versión de la teoría cuantitativa.

También la inflación tiene cabida en este capítulo, y en el análisis de este fenómeno se presta especial atención a los efectos del grado de monopolio y del principio del «coste pleno» utilizado por las empresas para la fijación de precios.

El capítulo dedicado a la teoría de la empresa comprende una excelente revisión de las aportaciones realizadas desde la década de los veinte hasta la actualidad para considerar la posibilidad de una microteoría susceptible de integrarse en el marco de una teoría general de la acumulación, y concluye señalando que «la teoría de la empresa adecuada a una economía dinámica se encuentra en su infancia» (p. 107).

El último capítulo, dedicado a los modelos de crecimiento, es el de mayor extensión, y se ocupa fundamentalmente de los elaborados con posterioridad a la revolución keynesiana. Lógicamente, el primero de los considerados es el de Harrod, del cual se estudian las implicaciones y, en especial, el problema de la estabilidad (o del filo de cuchillo) que origina, al tratar de resolverlo, la importante división entre modelos neo-neoclásicos y modelos neokeynesianos (Joan Robinson posiblemente diría keynesianos). Los primeros resuelven el problema mediante el recurso a la variación de la relación capital-producto (es decir, a través de movimientos a lo largo de una

pseudofunción de producción), pero la señora Robinson muestra que tal relación puede variar, si lo hace la tasa de beneficio, pero no ilimitadamente. De este modo, puede no existir ningún valor de la tasa de beneficio que proporcione el valor requerido de la relación capital-producto, o bien pueden existir varios, tal como probó la discusión sobre el *reswitching*. Pero aun existiendo el valor adecuado de la relación, no existe en el sistema ningún mecanismo que asegure su consecución, puesto que la tasa de beneficio, depende de la política de precios a corto plazo, y ésta, a su vez, del grado de monopolio.

Sin duda —dice la señora Robinson— el filo de cuchillo es una quimera. Pero la solución está por el otro lado. Éste es el que siguen los neokeynesianos, al fijar su atención en el ahorro, considerando que proviene fundamentalmente de los beneficios. Por este camino, en el que Kalecki y Kaldor tienen un importante papel, se llega a la ya mencionada teoría del beneficio que se resume en la llamada «ecuación de Cambridge». A partir de este punto la autora pasa a comentar las modificaciones posteriores de Pasinetti y Kaldor, confesando que al hacer esto se está saliendo del marco trazado en el subtítulo del libro al hablar de «problemas anticuados» (p. 123). El capítulo concluye con otros dos apartados de obligada aparición en cualquier tratamiento actual del crecimiento: Innovaciones (progreso técnico neutral, modelos de generaciones, etcétera) y Sesgo inducido, en los que se pasa revista a las recientes discusiones sobre estos temas.

La obra se cierra con una conclusión tan combativa como la introducción y de la que ya se ha mencionado el párrafo final. En ella, además, la señora Robinson incluye los problemas que le aparecen como principales de la década de los setenta: guerra, carrera de armamentos, pobreza, subdesarrollo y polución.

La obra en su conjunto presenta, pues, un elevado interés, tanto por lo que tiene de visión caleidoscópica de gran cantidad de problemas de la ciencia económica, como por los muchos elementos de

análisis que aporta en determinados puntos y que sugieren gran cantidad de reflexiones acerca de qué y cómo se estudia la economía, y de qué y cómo se explica. El libro es sin duda apasionado —y esto no es ningún demérito— y se propone

claramente influir sobre determinados puntos en los que parece que la enseñanza y los libros de texto han quedado anclados en una etapa que la investigación ya ha superado.

MANUEL PEÑALVER